

sujeto de arte, los dos cifran su ideal artístico en describirla con una muy estudiada candidez. Y logran dar la sensación de sencillez suprema. Los dos huyen de la retórica, de lo dulzón, de los alifafes, de las exageraciones de brocha gorda. Ambos pulen su estilo y lo clarifican hasta hacerlo casi transparente. González Vera es más cáustico. Su pupila es implacable; llegaría a ser cruel si no le atemperara su piadosa ironía. Manuel Rojas ve con igual claridad, pero el resultado no es el mismo, porque no puede objetivar su visión hasta el punto de ahuyentar el sentimiento. (Existe una veta lírica en el temperamento de Manuel Rojas, quién sabe si a pesar de él mismo).

Su piedad se traduce en ternura. Una ternura no confesada, que esconde como si fuese una debilidad, pero que aparece, se soterra, reaparece, se acalla y vuelve a aparecer, a lo largo de todos los capítulos. Si ella fuese otra ficción artística más, si no naciera en raudal espontáneo de su corazón, acaso tendríamos en menos al hombre, pero habría que admirar más al artista que, al insinuarla tan sutilmente, nos lleva de la mano a gustar de sus páginas, y a hacernos comprender, al modo suyo, el submundo que eligió como tema de su gran novela.—AMANDA LABARCA H.



«EL HIJO DEL GUARDABOSQUE», poemas de *Juencio Valle*.

El guardabosque tiene deberes y preocupaciones graves; se identifica, en cierto modo, con su floresta:

examina las arboledas maderables; fija y mide los cortafuegos; ordena la tala. No le atañen las alegorías de la selva ni sus misterios. Para cantar las gracias aladas, la frescura del follaje, la transparencia del rocío que tiembla en los lóbulos, el guardabosque tiene un hijo: es su inspiración o, dicho en sentido más amplio, su espíritu.

De esta manera descifro yo el título del libro de Juvencio Valle.

Nacido entre pinares y abetales, amamantado con savia de firmes troncos, «el hijo del guardabosque» es maravillosamente libre y rebelde. Oigamos algo de su autobiografía:

«Yo no tengo recursos ni tácticas. Soy puro, límpido y primitivo, azul como una égloga; no tengo ocultas ciencias, la pura luz del cielo con su índice florecido me favorece».

.....

«Si de miel me alimento, para mí todo tiene sentido de dulzura, y todo me lo explico a base de optimismo»...

Otros dos versos resumen su alma de soñador alucinado:

«Soy el hombre que ara desde el alba a la noche; el pastor trasnochado de música y rebaño»...

El universo del poeta se encuentra formado de aire, de pájaros, de noches; su tesoro lo constituyen las plantas del barranco; su dios está difundido entre los seres de la naturaleza. Repitamos su oración:

«Araucaria orgullosa, dame tu alta columna;  
roble, tu pecho áspero de gigante y atleta;  
luma, tu acero heroico; quila, tus enramadas;  
boldo, para mis males, tu virginal botica;  
canelo, para mis dudas, tus altares abiertos»...

A fuer de salvaje, el hijo del guardabosque es supersticioso, tímido, melancólico. En sus expresiones juega el contraste: la alegría del niño grande, se transforma en llanto. Titubea. Se abisma en sus recuerdos y le formula preguntas a la nada:

«¿Qué haré con este coche de otro tiempo,  
este viejo carruaje detenido,  
mohoso y lleno de algas?  
¿Con esta enredadera que me inhibe  
de peldaño en peldaño, de cargo en sobrecargo?  
¿Con esta ciencia de morir callado  
entre dos aguas?»...

Con esa extraña facilidad que tienen las almas vírgenes para sustituir las imágenes, el hijo del guardabosque, se evade de su tristeza y siente ondear en su interior la vibración pagana de su sangre. Mentalmente retrocede siglos, se pasea por jardines helénicos, se acerca a la fuente de Castalia y, ante el rumor cantarino de los surtidores y la silueta desnuda de una ninfa, entona su canto más terso, límpido y sonoro:

«El agua azul y limpia y cristalina  
nace desde las lindes de tu pelo  
y baja, libre, hasta tus uñas finas.

Al agua canto y sobrellevo en vilo,  
al agua azul que desvelada crece  
desde tus plantas en delgado hilo.

Al agua, al agua limpia canto y digo:  
desde mi oscuro abismo te presiento,  
aguacopa, aguacielo y agualirio.

Bebe, María, bebe el agua fría,  
pon tu boca en su boca, pon tu vida  
sobre el deleite de esa rosalía.

Desde tu pie dormido hasta tu pelo  
súmate al agua en flor—lágrima viva—  
dilúyete en cristalino terciopelo.

Baja tu frente hasta tocar la piedra,  
busca llorando la raíz del agua,  
búscala de rodillas en la tierra»...

Acaso el más bello acierto del poeta en su «Canto al agua», sea ese juego musical: «aguacopa, aguacielo y agualirio» que sugiere un campanilleo de cristales que chocaran para ofrecer un brindis a la vida.

La naturaleza tiene su ritmo único, sus elementos para acabar su obra con plenitud de armonía. La espesura del bosque, ha modelado las estrofas del poeta y podría decirse que la misma selva entona su himno por medio de esta voz que adquirió acento propio y que en medio de las frondas no es de sátiro ni fauno, sino del dios Pan que retorna con su flauta a rimar los esplendores celestes, el verdor de las hojas y el murmurio del viento.—G. L. G.